

# Reseñas críticas

A propósito de Clara E. Lida y Pablo Yankelevich (Comp.), **Cultura y política del anarquismo en España e Iberoamérica**, México D.F., El Colegio de México, 2012, 328 pp.

En los últimos años la historiografía sobre el movimiento anarquista se ha nutrido de una renovación de temas, problemas y enfoques. Este impulso se evidencia tanto en las nuevas investigaciones como en la proliferación de seminarios, jornadas y talleres específicos sobre el tema. En este proceso los aportes más ricos han insistido en que el anarquismo se caracterizó por su heterogeneidad, diversidad y flexibilidad táctica y que constituye un movimiento que trasciende la vinculación con el movimiento obrero para abarcar toda una serie de prácticas y experiencias culturales, sociales y políticas.

Con esta agenda de la investigación histórica producida en los últimos años se organizó el “Encuentro Iberoamericano: cultura y práctica del anarquismo desde sus orígenes hasta la Primera Guerra Mundial” realizado en el Colegio de México durante marzo de 2011 y que volvió a confirmar la validez de este punto de partida. Las ponencias allí reunidas señalan la variedad y riqueza de la cultura desarrollada por los anarquistas en España y algunos casos destacados de lo que denominan Ibero América, entre fines del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial. El límite temporal está vinculado a lo que los editores identifican como una merma de su fuerza frente a la competencia del socialismo y el comunismo. De este encuentro, sus debates y discusiones entre los principales referentes de las investigaciones sobre el anarquismo surge la compilación de los coordinadores Clara E. Lida y Pablo Yankelevich.

El resultado es, por un lado, una reflexión sobre el vínculo del anarquismo con el variado mundo del trabajo y la cultura popular, que produjo múltiples préstamos y cuyas fronteras han sido difusas y sinuosas. Por otro lado, incorpora una serie de perspectivas teóricas y metodológicas que podrían incluirse dentro del

amplio abanico de la historia cultural y que destaca lo que los compiladores consideran “uno de los aspectos menos atendidos del anarquismo”; la invención de tradiciones, de una variada gama de manifestaciones culturales que le otorgaron una especificidad particular. Esto les permite caracterizar al anarquismo como una cultura política definida por “una rebeldía social revolucionaria que actuaba como factor identitario y cohesionador” y que entretendía procesos ideológicos y prácticas políticas y organizativas con costumbres, ritos, lenguajes y símbolos, y estos a su vez con discursos imaginarios y sociabilidades estrechamente ligados con la comunidad y la clase.

Al utilizar los términos “cultura y política” en el título del libro los editores señalan el abordaje que organiza el proyecto. Las investigaciones allí reunidas privilegian la complejidad, riqueza y contradicciones del anarquismo en el mundo iberoamericano y las experiencias de los proyectos culturales son el mejor punto de partida para destacarlas. No ocurre lo mismo con el abordaje desde la política, que en el balance final queda más desdibujada y que por momentos se confunde con la categoría no siempre clara de “cultura política” o de “práctica política” cuyas fronteras, como bien destacan los editores, nunca terminan por delimitarse claramente.

El libro reúne trabajos de investigación de calidad sobre las fiestas y rituales anarquistas en España, sus símbolos, celebraciones, discursos y experiencias que destacan el proceso de construcción de una historia y una memoria propia conformada a partir de esos artefactos culturales tan caros al anarquismo y a la izquierda. Así, Manuel Morales Muñoz se aboca a la construcción de una historiografía, un modelo de militante y la transformación de valores y costumbres que enriquecieron el sistema de referencia que nutrió al imaginario anarquista. La interrogación acerca de su especificidad está presente en varios trabajos y es una de las preguntas que organiza la reflexión de Clara E. Lida. A partir del análisis del período de clandestinidad del caso español, la

autora indaga en el proceso de reconstrucción del movimiento que implicó nuevas prácticas culturales y discursos vinculados a las comunidades, una de las claves para explicar su supervivencia y el éxito en España. El análisis del contacto entre anarquismo, librepensamiento y darwinismo en Barcelona le permiten a Álvaro Girón Sierra destacar la heterogeneidad de influencias, ideas, grupos y fuentes ideológicas de las que abrevó el movimiento. Pero al mismo tiempo llama la atención sobre el problema de considerar al anarquismo como un magma indiferenciado; esta heterogeneidad no debería dejar de apreciar que los anarquistas tenían una agenda cultural propia hecha de redes de sociabilidad, recorridos, recepciones, lecturas, entre otros.

Los casos iberoamericanos se inauguran con el trabajo de Juan Suriano, quien indaga en torno a los circuitos culturales del anarquismo como parte de un proyecto alternativo sin dejar de lado sus tensiones y “desencuentros” con la cultura popular. El autor reflexiona sobre la puesta en marcha del proyecto cultural anarquista y el “campo de tensiones” —en términos de Stuart Hall—, que configuraron su compleja relación con el mundo de los trabajadores y la cultura popular en el Centenario de la Revolución de Mayo en Argentina. Por su parte, Ricardo Melgar Bao repasa el desarrollo del anarquismo en Perú y sus vínculos con el mutualismo y las primeras organizaciones autónomas del movimiento obrero. Su trabajo incorpora las dimensiones raciales y de género al análisis y muestra interesantes puntos de contacto con otras experiencias latinoamericanas, lo cual obliga a no obviar su alcance transnacional. Pero la cuestión racial cobra mayor peso en el análisis de Amparo Sánchez Cobos para el caso del anarquismo en Cuba tras la independencia. Aquí surge un contrapunto con otras experiencias de la región, ya que la autora sostiene que la interpretación que de la cuestión racial hicieron los anarquistas remite directamente a sus profundas concepciones clasistas, algo que ha sido muy discutido para el caso argentino. Las experiencias cotidianas de sociabilidad permiten hablar de una cultura de



izquierda en la que el anarquismo tuvo notas particulares. El trabajo de Sergio Grez Toso vuelve a la pregunta sobre la particularidad del anarquismo revisando los dispositivos de resistencia cultural en Chile y sostiene que el contenido genéricamente libertario, era en realidad patrimonio de todo el movimiento obrero para destacar la existencia de un campo compartido con la cultura popular, socialista y comunista. La intervención de Jacy Seixas tal vez sea la que más distancia plantea respecto a los interrogantes que organizan la compilación: propone analizar las representaciones e imágenes del militante anarquista y su contrafigura, el traidor o *crumiro*, en el proceso de surgimiento del movimiento obrero en Brasil e intenta recuperar la dimensión política de las prácticas anarquistas.

La lectura en conjunto de estas investigaciones provoca una serie de reflexiones. Hay allí trazadas varias líneas de investigación posibles y por momentos parece desprenderse la necesidad de indagar más específicamente los casos latinoamericanos, sus contactos y diferencias específicas. Es para celebrar la intención de organizar un campo de intervenciones que destaquen la dimensión cultural del proyecto libertario, aunque por momentos en el análisis de los casos latinoamericanos el vínculo con el movimiento obrero organizado queda inevitablemente sobredimensionado. Hacia el final del libro el lector habrá recorrido diversas experiencias de sociabilidad, siempre tensionadas y contradictorias pero por ello más ricas aún. Es justamente ese espacio de la experiencia social el que en todo caso puede arrojar las reflexiones más interesantes para pensar la particularidad del anarquismo en el campo más general de las izquierdas.

**Luciana Anapios**  
(IDAES-UNSAM/CONICET)

---

A propósito de *laacov Oved*, **El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina**, Buenos Aires, *Imago Mundi*, 2013, 534 pp.

En 1978 la editorial Siglo XXI publicó en México el libro del historiador israelí *laacov Oved* **El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina**. Se trataba de una adaptación de su tesis doctoral en filosofía cuyo título, algo más descriptivo, era "El anarquismo en los sindicatos obreros de la Argentina a comienzos del siglo XX (1897-1905)", defendida en la Universidad de Tel Aviv bajo la super-

visión de Michael Confino, por esa universidad, y Ezequiel Gallo, director en ese entonces del Instituto Torcuato di Tella. Los agradecimientos del libro dejaban entrever cierta constelación de autores relacionados al St. Anthony College de Oxford, donde Oved pasó un año lectivo. Entre otros, Sir. Isaiah Berlin, James Joll, Hobart Spalding y Raymond Carr, todos vinculados en mayor o menor medida al estudio del anarquismo o el movimiento obrero. La eventual filiación de los agradecimientos no era menor si se considera que predominaba en el libro una apuesta historiográfica extremadamente fáctica y más bien reacia a las grandes elaboraciones conceptuales. El mismo se sostenía en un uso exhaustivo de las fuentes y en un tejido narrativo denso, lo que desde mi perspectiva lo hace hasta el día de hoy insuperable.

Oved no establecía un marco general que explicase las razones del arraigo del anarquismo en el movimiento obrero argentino, sino que se limitaba a constatar ese hecho. El punto de llegada era presupuesto de antemano exponiendo de forma progresiva el camino que llevó a la consolidación del anarquismo en los sindicatos obreros. Los ocho capítulos que lo estructuraban, en su edición original, eran jalones para llegar a algo que, pese a lo sinuoso que pudiera haber sido el recorrido, tenía un fin reconocido y que a decir verdad sólo fundamentaba más lo que ya se sabía: el anarquismo había logrado tener una enorme presencia organizativa en los albores del movimiento organizado en Argentina. Los anarquistas, en torno a 1897, momento que es tomado como punto de partida la investigación de Oved, a partir de la aparición de **La Protesta Humana** habrían comenzado a dirimir sus disputas internas entre quienes abjuraban de cualquier forma organizativa y aquellos más proclives a la vinculación con el movimiento obrero, en favor de estos últimos. Seguidamente, y en consecuencia, entre 1899 y 1901, los anarquistas se volcaron hacia la intervención en los sindicatos obreros, mostrando tal eficacia que para 1901 su presencia se habría vuelto hegemónica. Dicha hegemonía les permitió confrontar abiertamente contra el Estado y el capitalismo, llevando adelante, entre mayo y diciembre de 1902, un conflicto escalonado que habría de conducir en noviembre a proclamar la huelga general. Proporcional a esta exasperación del conflicto social fue la respuesta del Estado y los capitalistas que articularon un plan represivo que incluyó la sanción de la Ley de Residencia y el estado de sitio. El anarquismo acusó el golpe pero sin descanso conti-

nuó su despliegue hasta que el V Congreso de la FORA recomendó sin matices la adscripción al comunismo anárquico.

**El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina** recomponía en detalle y dotaba de nobleza académica a interpretaciones que lo antecedían con un caudal de fuentes fabuloso —e inexploradas en los poquísimos estudios que existían sobre el tema— provenientes en su mayoría del International Institute of Social History de Amsterdam. El tiempo pasó, el libro de Oved nunca se reeditó y los estudios sobre el anarquismo continuaron. Se diversificaron sus interrogantes llegando a plantearse, en mi opinión para bien, la posibilidad de pensar la presencia del anarquismo en la cultura argentina de forma más rizomática. Las prácticas político-culturales, la presencia en la literatura, las singulares intervenciones en la educación y su abordaje en la cuestión de género, entre otras muchas cosas, señalaron que su vínculo con la clase obrera lejos de ser privilegiado y natural, era en realidad una de las vías de acceso para la comprensión de un fenómeno histórico complejo. Si el libro de Oved es el mejor en su género, sin embargo, se lamentaba la ausencia en su análisis de un peso mayor de la dimensión cultural.

La reciente reedición de este clásico por parte de *Imago Mundi* subsana en parte esa sensación de carencia al incluir un capítulo de la tesis, aparecido en forma de artículo a mediados de la década del ochenta, en el cual justamente se analiza la cultura anarquista a principios del siglo XX. Se bosqueja en él todo una agenda de investigaciones futuras que en parte ya han sido realizadas: las producciones literarias y teatrales, la educación libertaria, la moral y el estilo de vida, el anticlericalismo, el rol de la familia y la mujer en el anarquismo y las colonias anarco-comunistas, entre otras cosas. Si bien la tesis central que privilegia la dimensión gremial y obrera del anarquismo queda inamovible, la inclusión de este capítulo en la reedición es un acierto en la medida en que permite vislumbrar cómo el anarquismo combinó necesariamente, aunque a veces de forma algo inarmónica, diferentes facetas.

El volumen se encuentra precedido por un prólogo de Hernán Camarero en el cual se ensaya una puesta a punto de la producción historiográfica sobre el anarquismo desde la edición de Siglo XXI hasta la actualidad. Camarero defiende férreamente la tesis del autor aunque señala ciertas limitaciones en cuanto a los interrogantes que guiaron la pionera investigación, principalmente la ausencia